



Capítulo 43

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

HISTORIA DEL RÍO RÍMAC. SIGLO XVI

María Rostworowski

Al abordar el estudio sobre el río Rímac nos limitaremos a las noticias etnohistóricas halladas en las crónicas y en los documentos de archivos. Antes de iniciar el relato sobre el valle de Lima interesa aclarar dos puntos importantes. El primero se refiere a la voz Lima. En los tempranos documentos del siglo XVI, un pequeño curacazgo, el valle y el río eran conocidos con el nombre de Lima o *Límac*. El término Rímac aparece solo posteriormente y corresponde a la fonética del quechua serrano, pues los habitantes de la costa central no pronunciaban la letra «R», de ahí que los testimonios antiguos se designaba esos lugares con una «L» como la voz *lima* o *límac*. Un ejemplo es la palabra Cajamarca que figura como *Cajamalca* en los documentos y crónicas e indica la identidad del personaje que hablaba, es decir si pertenecía a un origen serrano o de la costa central (Cobo, 1956, 292-293).

Otros ejemplos y características del modismo local son los términos de *lucma* por *rucma*, el guiso *locro* por *rocro*, el valle de Mala que también se decía Mara, Maranga por Malanga. Así, nuestra capital podía pronunciarse como *Límac* o Rímac, cuyo significado sería «Ciudad Habladora», nombre que le sienta bien.

La segunda observación se refiere a la costumbre andina de cambiar el nombre de los ríos según los lugares que atravesaban o sea que en el ambiente andino, los ríos no llevaban el mismo nombre desde su nacimiento hasta su desembocadura, sino que trocaban su apelativo, costumbre que fomenta no pocos dolores de cabeza a las personas que investigan, sin estar prevenidos.

El cronista Calancha (1968, lib. 1, cap. XXXVII, p. 236) señala que la voz *límac* no tiene origen en el nombre del río, valle o pueblo, pero en su famoso oráculo o huaca de los lugareños —por ser tan acertadas sus profecías— dio su nombre a todo su entorno. Más información nos proporciona Albornoz al decir que: «Rímac, guaca de los yndios de Lima que se dicen Ychsma donde está poblado la ciudad de Los Reyes, era una piedra redonda. Está en un llano donde fue la güerta de Gerónimo de Silva» (Duviols, 1967, p. 34).

Con esta información es necesario hallar la huerta de Gerónimo de Silva. Vargas Ugarte (1947, p. 161) menciona que Silva vendió unas casas situadas en la calle de Santa Ana, y lindaban por tres partes con calles reales y el molino del dicho Silva. Asimismo, vendió una huerta situada detrás del hospital de Santa Ana, junto a la Huaca Grande.

Según el plano de la ciudad de Lima confeccionado en tiempo del duque de la Palata, se nota la presencia de una explanada trapezoidal, cerca del monasterio de la Concepción y a espaldas del hospital de Santa Ana (AGI, Perú y Chile, N° 13). En aquel lugar se alzaba la huaca principal de los lima, según un expediente de 1549, se situaba la chacra de la Calera. Para Eguiguren (1945, p. 275) esta huaca fue destruida por las autoridades eclesiásticas por ser un importante adoratorio indígena. Hechas las observaciones sobre la voz *lima-límac* y aclarado los motivos del nombre, continuaremos con nuestro río.

El río Rímac nace de los deshielos del nevado Uco a más de 5000 metros de altura y perteneciente al complejo montañoso de Ticlio. Discurre pequeño e insignificante por entre punas heladas cubiertas de escarcha y nieve. Corre hacia el lejano mar, saltando entre guijarros, parlanchín desde sus comienzos. Avanza alegre a pesar de las soledades de los riscos desiertos y del viento que gime entre los ichu. Una manada de vicuñas mordisquea las hierbas altas. Ellas son tímidas y asustadizas y al menor ruido se espantan y desaparecen. Más apacibles son los hatos de llamas que pastan sin preocuparse de la presencia humana. Sus perforadas orejas lucen cintas de lana roja, sus cuellos largos y grandes ojos les dan un aspecto elegante, sin la fragilidad de las vicuñas.

Los pastorcitos juegan entre ellos con sus riui o boleadoras, cazando imaginarias presas, tocando sus quenans para romper el silencio. Cuando la altura disminuye un tanto aparecen los primeros cultivos de *maca* (*Lepidium meyenii*), los bosquecillos de arbustos de *quisuare* (*Buddleia incana*); y los árboles de *quenar* o *queñoa* (*Polylepis spp.*), cuyas capas externas de la corteza se desprenden formando tiras parecidas al papel.

En aquellas tierras altas, en los tiempos más antiguos, quizá de la *purum pacha* (Tierra despoblada) dominaban dos poderosas huacas *Yanañamca* y *Tutañamca* (Ávila & Taylor, 1987, cap. 1). Luego de pasados largos años surgió una nueva divinidad, la de Huallallo Carhuincho. En aquella época toda la tierra estaba poblada por gente yunga o sea de origen costeño, desde el mar hasta los nevados de las alturas de Huarochirí. Junto con Huallallo otra huaca antigua era Cuniraya, a quien se encomendaban los tejedores de ropa fina, o cuando iba a trabajar sus campos (Ávila & Taylor, 1987, cap. 2).

Sin embargo, la riqueza de la región atrajo la envidia y codicia de los serranos que habitaban la cuenca alta del valle de Cañete, vecinos de los huancavelica. Ellos se fueron introduciendo de a pocos en la cuenca alta del río Rímac y cuando

sucedió una tremenda avalancha entonces aprovechó Pariacaca la situación de desastre local para invadir los bienes de los costeños, ocupando sus tierras. A través de los relatos y de los mitos de Huarochirí se constata ser aquella su costumbre y estrategia de conquistas. Es decir que al sufrir sus vecinos una avalancha y estando en situación de emergencia, incapaces de defenderse, ellos invadían y aprovechaban para apoderarse de sus tierras y casas. El avance de los yauyos a través de las serranías del departamento de Lima, fue detenido por el grupo étnico de los canta y de los atavillos que les cerraron el paso.

Instalados los ejércitos de Pariacaca en su nueva adquisición se prepararon para atacar las huacas de los vencidos. El primer enemigo fue Huallallo Carhuincho, y durante tres noches duró el encuentro del cual salió victorioso Pariacaca. Huallallo se defendió con fuego y Pariacaca usaba agua y llovió tanto que se formó una laguna llamada Mullucocha. La derrotada divinidad huyó al Anti, mientras un hijo de Pariacaca quedó para custodiar la frontera e impedir su retorno (Ávila & Taylor, 1987, cap. 9).

Obtenida la victoria, Pariacaca la emprendió contra la diosa Mama, compañera de Huallallo, ella combatió también con fuego y luego de un arduo encuentro Pariacaca salió victorioso y la arrojó en dirección del mar. Los naturales consideraban a Mama la animadora del género humano, cuyo santuario era magnífico y se alzaba entre los dos ríos: Rímac y Santa Eulalia (Cayao) y los comparaban a los senos de la diosa que alimentaba a toda la población con el fluir de sus aguas. En su reemplazo Pariacaca puso por divinidad a Chaupiñamca, de ella decían ser hermana de Pariacaca e hija del Sol.

La gente contaba que en tiempos muy lejanos Chaupiñamca solía pecar con todas las huacas masculinas sin encontrar un varón que la satisficiera, hasta que halló a Rucanacoto que le agradó plenamente y cuyo santuario se situaba en un cerro que dominaba Mama. Así, Chaupiñamca decidió quedarse para siempre cerca de él y se transformó en una piedra sacralizada (Ávila & Taylor, 1987, cap. 10).

Seguro de su triunfo ordenó Pariacaca a la población de los valles (Rímac y Lurín) de llevar a su santuario las primicias de sus cosechas de coca de la variedad costeña (*Erythroxylum novogranatense*), antes de que cualquiera la haya probado, solo después el pueblo podía mascar la coca de sus plantaciones; además debían sacrificar una llama que no hubiera parido, y entregar las orejas cortadas de otros animales sacrificados. Respetando esta orden los habitantes de los dos valles llevaban a la huaca los primeros frutos de la sagrada planta.

La coca costeña llamada *tupa* tiene hojas pequeñas más aromáticas que la variedad selvática, con un menor contenido de alcaloides. Numerosas toponimias en el *chaupi yunga* existen aún hoy día para indicar los lugares de antiguas plantaciones (Plowman, 1979; Rostworowski, 1977; 1988; 1989).

No podemos dejar de mencionar la costumbre de peregrinaciones en los Andes y en especial la nombrada por Ávila (1987, cap. 9) en honor del dios Pariacaca. Así, iban los habitantes de los tres valles de la costa central al santuario de la huaca. En aquella solemne reunión acudían los culli, carabayllo, rurigancho (lurigancho), huanchohuylla, pariachi, lati (Ate), yañac, chichima (Santa Inés) y mama. A ellos se unían los sisicaya, pachacamac, caringa y chilca, además del lejano pueblo de Carango (Calango), todos los yungas se dirigían al nevado de Pariacaca llevando las ofrendas rituales. Al retornar los romeros a sus pueblos, los que no habían asistido a la peregrinación esperaban la llegada de los viajeros y les preguntaban cómo estaba su padre Pariacaca, al ser positiva la respuesta, se regocijaban y bailaban durante cinco días.

Pero sigamos el curso del río, en su recorrido había alcanzado el *chaupiyunga* o costa media a menor altura. A la vera del agua se extendían por doquier campos de verdes maizales, junto con frijoles, pallares, ajíes y rocotos. En los lugares protegidos del viento crecían los cocaes de la variedad costeña bajo la sombra protectora de pacaes y guayabas. Para evitar las pestes agrícolas, los andinos no cultivaban todo un campo con una misma planta, sino que se mezclaban y cosechaban a tiempos distintos.

Una de las ceremonias rituales comunes a todos los habitantes de la costa prehispánicas era el de la *chayana* o la «llegada» (*Diccionario* de González Holguín, 1952). Esas fiestas se realizaban más o menos por el mes de diciembre de acuerdo con la aparición de las lluvias en las serranías vecinas, cuando los ríos secos o con apenas de agua se transfiguraban en tumultuosos.

Los llanos son desiertos y serían inhabitables sin los recursos de los ríos que cual torrentes aportan el líquido elemento que permite la agricultura. Es comprensible que los yungas esperaban con ansias la presencia del agua en sus acequias.

El río en la mayor parte de su recorrido discurre apacible en su lecho de piedras, pero cuando se inicia la temporada de lluvias en la sierra contigua se vuelve turbulento y amenazador para quienes necesitan cruzarlo o inconscientemente, habitan cerca. En una oportunidad los aguaceros fueron tan intensos que un cerro de barro cayó al río y formó una represa natural lo que ocasionó una ardua tarea vencer el obstáculo y seguir su ruta hacia el mar.

Aldeas y villorrios se derramaban a ambos márgenes del río, más escasos en la puna iban aumentando a medida que disminuía la altura. En 1586, o sea durante el virreinato, el corregidor de Huarochirí era Dávila Briceño quien se vanagloriaba haber reducido doscientos pueblos andinos a solo cinco doctrinas, a saber: San Mateo de Guanchor, San Juan de Metocana, San Jerónimo de Picoí, Santa Inés de Chichima y San Pedro de Mama. Sobre este último lugar hablamos más arriba y Dávila mencionaba haber existido y destruido un famoso santuario en cuyas paredes edificó la casa del corregidor, el hospital y la cárcel (Jiménez de la Espada, 1881-1897, pp. 61-78).

Pariacaca tuvo cinco hijos, uno de ellos Tutayquiri decidió conquistar la parte media de los valles de Lurín y Rímac. Este personaje a la cabeza de sus ejércitos llegó hasta el cerro negro de Pariachi y ahí clavó, tal como lo hizo Manco Cápac en el Cusco, su vara de oro para designar sus nuevas tierras y confirmar las fronteras de sus posesiones (Jiménez de la Espada, 1881-1897, cap. 11). El relato de Tutayquiri cobra un tono épico: es la tradición de un pueblo conquistador que cuenta su pasado en forma de leyenda y representa la victoria del héroe sobre los costeños.

El mito narra que la conquista se cumplió después de una avalancha de piedras y lodo. Los relatos sobre Tutayquiri muestran una memoria oral persistente porque nombran los *ayllus* que participaron en la conquista y en el reparto de los bienes adquiridos como los allauca, satpasca, pasaquiri, muxica, cacasica, sulpacha y yasapa (Jiménez de la Espada, 1881-1897, cap. 24), algunos de los cuales formaban parte de la *guaranga* (mil hombres) de los checa del pueblo de Santiago de Tuna (antiguo Tumna).

Cabe señalar cómo a fines del siglo XVI y principios del XVII se conservaba aún el recuerdo de los antiguos acontecimientos. Durante la campaña contra la idolatría indígena, en una carta de fray Fabián de Ayala dirigida al arzobispo, manifestaba que los visitadores eclesiásticos encontraron en el pueblo de Santiago de Tuna (Tumna), los cuerpos momificados de los antiguos capitanes de los ejércitos conquistadores, los mismos que fueron quemados por los religiosos, menos el de Tutayquiri que Ávila guardó por ser el principal de todos, y que con haber más de 600 años que murió está tan entero que admira¹.

La supuesta edad de la momia nos remonta más o menos al año 1000 para los acontecimientos. Solo profundos estudios arqueológicos en la región de Huarochirí podrán echar luces sobre esta conquista. Según Ávila, Tutayquiri fue el primero en derrotar al grupo de los yscamayo, voz que significa «Dos Ríos» en alusión al valle medio del Rímac y del Lurín, territorio del señorío llamado Ychsma, apelativo transformado en Pachacámac después de la conquista de Túpac Yupanqui a los llanos.

En su fluir el Rímac llega a San Juan de Matucana (Metocana). En las alturas se halla la fortaleza de Huacapune que defiende una amplia región de posibles ataques, es una zona de pastoreo y cultivos entre los dispersos caseríos.

La parroquia de Matucana comprendía una iglesia y un convento. Por entonces, en el siglo XVI, era cabeza de las misiones enviadas a la selva y la primera misa se rezó el 24 de junio de 1576, día de San Juan, patrón de la villa (información verbal de la arqueóloga Gilda Cogorno).

El siguiente lugar de mayor extensión es Chosica que en aymara significa «lechuza» (Bertonio, 1956). Sin embargo se puede desglosar la partícula «cho» de

¹ Ávila (1966, p. 252); Archivo General de Indias (AGI). Audiencia de Lima, N° 301, f. 252.

sica. Esta última voz según fray José de Arriaga (1968, p. 267) tiene el sentido de «acequia». Se trata de una interesante noticia porque en toda la zona de Yauyos y de Huarochirí numerosas toponimias contienen la partícula *sica* y dada la importancia del riego que se manifiesta en los relatos de Ávila (Taylor, 1987) y de los mitos referentes a la creación de canales hidráulicos, suponemos tener la palabra el sentido de acequia.

Desde Chosica discurre el río entre villas de recreo de los limeños de hoy día, muy disminuido y venido a menos, perseguido por los fantasmas de un lejano pasado de mitos y leyendas que solo los arqueólogos podrán resucitar. Aún en la memoria oral quedan los nombres de los antiguos pueblos yunga como Llacsatambo, Yarutini, Huayquihusa. Es sorprendente la permanencia de la tradición andina que se aferra al terruño, soporta la destrucción y desamparo colonial, para continuar viviendo en su mismo suelo, en sus valles y en sus punas. Lo agreste de las serranías de Lima y sus difíciles comunicaciones contribuyeron a la conservación del pasado.

Existe poca información del siglo XVI para los tramos siguientes del Rímac, solo quedan nombres antiguos junto con los modernos. Una de aquellas voces nos proporcionó un campesino de Ñaña, que a mi pregunta de adonde conducía el camino, me contestó *coca cuchoq* - «Rincón de coca» palabra que significaba una rinconada en el sitio ocupado hoy día por los evangelistas de Ñaña. El lugar es abrigado de los vientos por un espolón de cerro.

Un pueblo de cierta importancia debió tener Santa Inés (Chichima o Gigima) por su frecuente mención en los documentos. Así, llegamos a Puruchuco (casco emplumado) o *pucu uchu* - «ají rojo». La zona fue encomendada en Miguel de Estete y figura con dicho nombre en el siglo XVI. Se trata de la morada de un jefe étnico de categoría, reconstruido por Jiménez Borja, al manifestarle el nombre primitivo del palacio me contestó Arturo que el «casco emplumado» era más poético. Su principal importancia radica en mostrar al público visitante la residencia de un curaca costeño en el *chaupi yunga*. Los angostos andenes situados a espaldas del edificio nunca tuvieron canales de riego y más bien sirvieron para secar las variedades de ajíes (*Capsicum spp.*) que daban su nombre a la estructura.

Continuando nuestra ruta pasamos por *Tanta Caxa* (Santa Clara), luego seguía el señorío de Lati (Ate), y de su entorno sale un canal que regaba parte del valle.

El señorío de mayor extensión era el de Surco (Sulco) con un canal principal que los hispanos llamaron «río de Surco» por la gran cantidad de agua que acarrea. Su pueblo principal fue el de *Armatambo*.

Los demás curacazgos en el valle bajo eran los siguientes: Guatca, Lima, Amancaes, Maranga (Malanca), Gualca y Callao. En todos aquellos pueblos la organización sociopolítica se basaba en una sociedad muy jerarquizada, estaban sujetos y pertenecientes al centro religioso de Pachacámac o sea componían una macroetnia.

Quizá el señorío indígena más interesante para nosotros sea el de Lima por haber fundado en él, Francisco Pizarro, la Ciudad de Los Reyes.

Pizarro en una primera fundación de su «gobernación» escogió Jauja en la sierra, posiblemente por ser un valle risueño, hermoso, y muy cultivado. Pero no tardaron en surgir los inconvenientes, el principal su lejanía del mar y de las comunicaciones con la Península. Además lo que buscaba el marqués lo consiguió en Lima o sea buenas estructuras para habitar en ellas de inmediato, por eso pensó primero en Pachacámac, pero el valle era estrecho y lo que buscaba lo halló en Lima. Un valle amplio, frondoso con múltiples arboledas, y no menos importante: un puerto excelente.

Uno de los motivos de escoger Pizarro el valle de Lima para sede de su gobernación fue el de ser deleitoso y con mucha arboleda. Sin embargo, la frondosidad duró poco por la necesidad de los hispanos de fabricar carbón vegetal para toda su industria, además de la leña para los hogares. No contentos con destruir el recurso en el valle siguieron con los dos laterales, combustible usado no solo durante la colonia sino hasta el siglo XIX y principio del XX. Esta noticia prueba el gran número de árboles y de frutales que había.

Ahora bien, se trataba de un señorío pequeño, y su curaca el viejo Taulichusco poseía una buena residencia. Al instalarse Pizarro en el palacio de Taulichusco, los naturales fueron enviados a Chontay, unas casas de campo para cuando los limeños iban a cultivar sus tierras. El lugar se situaba por el entorno de la iglesia de San Sebastián.

Una noticia interesante y novedosa sobre el señorío de Lima es pertenecer sus dos curacas duales de la categoría social de *yana* o sea de servidores, Taulichusco lo era de una mujer secundaria de Huayna Cápac llamada Mama Vilo, mientras el otro jefe, Caxapaxa era *yana* de Huayna Cápac y residía en el Cusco.

Entre los campos de Surco y Lima, se extendía el curacazgo de Guatca en la cercanía de la Huaca *Pucllana-Juliana*, en la zona miraflores. Suponemos deberse su nombre a batallas rituales. Sin embargo, algunos documentos la mencionan como *Collana* (el principal, el excelso) quizá formaba parte de la división espacial de *Collana*, *Payan*, *Callao*; sobre el tema volveremos más adelante al tratar el señorío del Callao.

I. El curacazgo de Amancaes

Colindando con el señorío de Lima se hallaba el de Amancaes, en la margen derecha del río. Parte de sus tierras correspondían a lugares de lomas. Ellas reverdecen durante la temporada invernal, en ciertos lugares de la costa central. Cabe señalar la existencia de amplias lomas similares en Pachacámac y la evidencia arqueológica

indica en tiempos prehispánicos un mayor verdor que permitía a los habitantes residir en ellas todo el año. Igual sucedía en Amancaes y en trabajo de campo ubicamos un pozo antiguo.

El nombre de Ychima de sus jefes étnicos los relaciona con el señorío de Pachacámac, antiguo Ychsma, centro religioso más importante de toda la costa, apelativo que le fue cambiado luego de la conquista de Túpac Yupanqui a la costa.

Durante el virreinato y del gobierno del duque de la Palata [1681-1689], el verdor de las lomas era suficiente para organizar en ellas magníficas cacerías de venados y palomas con perros y halcones (Vega Castillo, 1959).

El encanto de las lomas no tardó en disminuir para luego desaparecer debido no solo a las cacerías, sino al numeroso ganado importado que pastaba en ellas.

II. El curacazgo de Maranga

Un señorío llamado Malanca fue otorgado por Francisco Pizarro a Nicolás de Rivera el mozo, en 1534, siendo su curaca Chayavilca. Queda la duda del lugar de este señorío, pero el apelativo de su jefe étnico permite ubicarlo.

En 1562, el arzobispo Jerónimo de Loayza convocó a una reunión de caciques del valle en Mama, a ella acudió don Diego Chayavilca curaca principal de Maranga. Aquí vemos la confusión que dio lugar el cambio de la letra «L» por la «R» (AGI. Audiencia de Lima 121).

Nuestra mayor información sobre los naturales de Maranga la obtuvimos del otorgamiento de la encomienda de Nicolás de Rivera, el mozo, de 1535 donde se señala la bonanza y riqueza del repartimiento. Catorce años después fueron suficientes para la desaparición del bien estar y más bien mostrar un estado de postración y desamparo indígena (ver Rostworowski, 1978-2003).

La visita de 1549 estuvo a cargo de Antonio de Rivera y de Jerónimo de Silva, quienes mostraron poco interés en sus averiguaciones y constataron ser los lugareños en su mayoría pescadores.

El lugar escogido para iniciar la visita fue el tambo de Mayacatama y el intérprete un negro esclavo. Correspondería acaso a la huaca llamada Tres Palos, el tambo del cacique principal. Estaba presente el curaca don Antonio Marca Tanta junto con tres principales, uno de ellos Yana Chuqui jefe de los pescadores, otro de los tres principales dijo pertenecer a un grupo de *mitmaq* mochica. Existe en toda la costa numerosos grupos de pobladores moche y quizá se debió a una rebelión del Chimú Cápac, hecho que ocurrió cuando Túpac Yupanqui incorporó a los vencidos a sus ejércitos, la consecuencia fue la dispersión de la gente mochica y la prohibición a los yungas de portar armas.

Una noticia interesante de la visita de 1549 es el activo intercambio de los maranga con sus vecinos, con los *colli* del Chillón y con los yauyos, quienes les proporcionaban *charqui* y lana. A pesar de demostrar un activo trabajo agrícola, los maranga destacaban por ser pescadores.

Sin embargo, en la temprana fecha de 1549 la población había descendido espectacularmente debido a las epidemias de eruptivas y de gripe que asolaban el país, enfermedades para las cuales los indígenas no poseían defensas genéticas.

La impresión que se desprende de la visita es una tremenda desestructuración del mundo andino agobiado no solo por enfermedades sino por exceso de tributo y de trabajo. También se aprecia el miedo de los nativos y el temor general que despertaban los visitantes y su presencia en las rancherías, a la pregunta de si eran bien tratados no quisieron responder.

III. El curacazgo del Callao

El origen de la voz Callao ha dado lugar a variadas especulaciones, y le señalan una etimología aymara, castellana y hasta francesa. Quizá la referencia más antigua con relación al nombre se halla en la escritura entre Pedro de Alvarado y Francisco Pizarro en la que se menciona «el puerto de Lima». Por largo tiempo los españoles no le dieron otro nombre (*Revista Histórica* 19, tomo VII). Solo a partir del crecimiento y mayor población del puerto se experimentó la necesidad de otorgarle un apelativo adecuado, de ahí el nombre indígena de Callao.

El origen nativo para el puerto se halla en el mito narrado por Calancha y Arriaga, recogido en Végueta y Huacho. Contaban que el Sol bajó a la tierra y puso tres huevos. El de oro *Collana* dio nacimiento a los señores (curacas), sus mujeres procedieron del segundo de plata *Payan* de *paya*-mujer noble, y del tercero de cobre Callao salieron los plebeyos.

En el Cusco existía el sistema de los ceques, unas líneas imaginarias en torno al Coricancha cual un quipu gigante que rodeaba la ciudad. En ellos se agrupaban las huacas a cargo de diversos *ayllus*, y se apelaban *Collana*, *Payan*, *Callao*. El sistema de los ceques debió ser bastante antiguo y probablemente anterior al Incario, por ser mencionado en él enemigos de los incas como lo fueron los ayarmaca. Es posible que se tratara de un aspecto religioso, relacionado con la división del espacio.

Si Callao era el tercer *ceque* del valle, ¿adónde se situaban los otros dos? Más arriba dijimos que la huaca Pucllana (Juliana) poseía un segundo nombre mencionado en algunos expedientes como *Collana*. Para completar la trilogía nos falta el lugar de *Payan*, que deber pertenecer a una huaca entre Pucllana-Collana y Callao. Quizá se confirme el apelativo, un día en algún documento de archivo.

Así, nuestras referencias descartan la etimología francesa de *Cailloux* por los guijarros del puerto.

A través de los estudios lingüísticos de Alfredo Torero (1970) se sabe que la sierra de la costa central fue la cuna del idioma quechua llegando hasta el litoral, por consiguiente la voz Callao tiene un origen quechua y pertenece a dicho idioma.

Más aun, con el nombre de Callao existía un curacazgo prehispánico, con sus jefes étnicos a orillas del mar, cercano al río Lima y a su desembocadura.

Un asentamiento antiguo fue el Piti-Piti, pueblo de pescadores convertido en tiempos coloniales en un barrio del puerto, con el nombre de San Miguel de Mancera (AGN. Derecho Indígena, Cuad. 269, año 1743). Según el *Diccionario* de Alcedo (1967 [1787]) Piti-Piti era un arrabal del puerto, habitado solo por pescadores. Otro lugar del mismo nombre era llamado Piti-Piti Nuevo, se hallaba fuera de las murallas, cerca de la Punta. En el siglo XIX los pescadores de la bahía se situaban a lo largo de las playas.

Pocas son las noticias del siglo XVI sobre el señorío de Callao, la mayoría son más tardías porque al desarrollarse el puerto y cobrar importancia desaparecieron prácticamente los naturales. En el siglo XVIII, la villa comprendía 900 españoles, 100 mulatos y mestizos, 870 negros y 150 indígenas, de estos pocos eran originarios del puerto, sino más bien eran advenedizos (AGI. Audiencia de Lima 301).

En el Archivo Arzobispal de Lima (AAL) hallamos un cuaderno forrado en cuero que tiene la siguiente inscripción:

Este libro es del capitán Don Marcos Chiuilca desendiehte destos señores (roto) caciques deste puerto del Callao y se llamó el tatarabuelo Manchi Pula, cacique desde antes que se descubriera este reyno por el rey de España y para que conste en todo el tiempo ser cierto - todo lo que estuviere asentado en el de tratos y contratos y demás cosas para [...] estar asentado [...]

Al dorso dice:

[...] año de 1662 registro de pago Don Pedro Manchi Pula Caruajal cacique principal y gouernador de los naturales desde puerto del Callao (AAL. Sección Registro de Fianza, año 1635-1671, legajo 2).

Desgraciadamente, el autor del escrito y dueño del cuaderno no continuó con su primer propósito y las páginas siguen en blanco hasta la fecha.

Existen otras cortas noticias sobre los curacas del Callao que no enriquecen nuestro conocimiento. Sin embargo, Carlos Romero (1942, p. 241) en su trabajo sobre el Callao tuvo en sus manos un documento desaparecido hoy día, sobre los curacas del Callao y sus bienes en un juicio entre la madre superiora del beaterio de Copacabana contra los religiosos de San Juan de Dios del puerto.

Así, llegamos al final del río, quien en su nacimiento se desliza por entre los nevados cordilleros murmurando en su lecho de guijarros; cruza la desolada altura en busca del lejano mar. Sigue su carrera en la cercanía de verdes campos y de pueblos escondidos en sus quebradas, su voz anuncia su presencia cada vez más seguro de su misión de crear abundancia y riqueza a los que habitan a su vera. Cuando los aguaceros arrecian en las serranías, ya no murmura sino ruge al alcanzar el mar.

Fuentes

Archivo Arzobispal de Lima (AAL).

Sección Registro de Fianza, año 1635-1671, legajo 2.

Archivo General de Indias-Sevilla (AGI) Perú y Chile, N° 13 Audiencia de Lima 121 Audiencia de Lima 301.

Archivo General de la Nación (AGN) Derecho Indígena, Cuad. 269, año 1743.

Bibliografía

Alcedo, Antonio (1967 [1788]). *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales o América*. Edición y estudio preliminar por don Ciriaco Pérez-Bustamante. Biblioteca de Autores Españoles. Tomos CCV-CCVIII. Madrid: Atlas.

Arriaga, Pablo José de (1968 [1621]). Extirpación de la idolatría del Perú. En Francisco Esteve Barba (ed.). *Crónicas peruanas de interés indígena*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo CCIX. Madrid: Atlas.

Ávila, Francisco de (1966). *Dioses y hombres de Huarochirí. Narración quechua recogida por Francisco de Ávila*. Traducción de José María Arguedas. Estudio bibliográfico: Pierre Duviols. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Bertonio, Ludovico (1956 [1612]). *Vocabulario de la lengua aymara*. Edición facsimilar. La Paz: Ministerio de Educación.

Calancha (1968-1976 [1638]). *Crónica moralizada*. 6 tomos. Edición de Ignacio Prado Pastor, Lima.

Cobo, Bernabé (1956). *Fundación de Lima. Obras del padre Cobo*. 2 tomos. Edición del Padre Francisco Mateos S. J. Biblioteca de Autores Españoles. Tomos XCI-XCII. Madrid: Atlas.

Duviols, Pierre (1967). Un inédito de Cristóbal de Albornoz: la instrucción paradescubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas. *Journal de la Société des Américanistes*, 56, 1, pp. 7-39.

- Eguiguren, Luis Antonio (1945). *Las calles de Lima*. Lima: [s.n.].
- González Holguín, Diego (1952 [1613]). *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua qquichua o del Inca*. Edición y prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Universidad Nacional Mayor San Marcos.
- Jiménez de la Espada, Marcos (1881-1897). *Relaciones geográficas de Indias*. 4 tomos. Madrid: Ministerio de Fomento.
- Plowman, Timothy (1979a). Botanical Perspectives on Coca. *Journal of Psychedelic Drugs* II, 12, enero-junio.
- Plowman, Timothy (1979b). The identity of Amazonian and Trujillo Coca. *Botanical Museum Leaflets* 27, 1-2, enero-febrero.
- Romero, Carlos (1942). El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI. *Revista Histórica* 15, 3, pp. 205-247, Lima.
- Rostworowski, María (1977). *Etnia y sociedad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski, María (1978). *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski, María (1988). *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski, María (1989). *Costa peruana prehispánica*. Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Taylor, Gerald (1987). *Ritos y tradiciones de Huarochirí*. Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII. Versión paleográfica, interpretación fonológica y traducción al castellano por Gerald Taylor; estudio biográfico sobre Francisco de Ávila de Antonio Acosta. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Torero, Alfredo (1970). Lingüística e historia de la sociedad andina. *Anales Científicos*, Universidad Nacional Agraria, VIII, 3-4, pp. 231264, Lima.
- Vargas Ugarte, Rubén S. J. (1947). *Relaciones de viajes, siglos XVI, XVII y XVIII*. Biblioteca Histórica Peruana 5. Lima: Instituto de Investigaciones Históricas.
- Vega Centeno, Romualdo (1914). La revolución del 1814. El linaje real de Pumacahua. *Nuestra Historia*. Órgano del Instituto Histórico del Cusco, vol. 1-1, Trimestre N° 1, Cusco.